

La caridad pastoral

P. Juan Vecchi
Rasgos de Espiritualidad Salesiana - Cap. III
Ed. CCS - 2000

Conocemos qué “tipo” de persona espiritual es Don Bosco: profundamente hombre y totalmente abierto a Dios; y cómo la armonía entre estas dos dimensiones se fue construyendo en un proyecto de vida asumido con decisión: el servicio a los jóvenes. Lo revela el mismo comentario a las Constituciones Salesianas: “No dio un paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud”.¹

Pero si se examina su proyecto para los jóvenes, se ve que tiene un “corazón”, un elemento que le da sentido y originalidad: “lo único que realmente le interesó fueron las almas”.²

Hay, además, una explicación ulterior y más puntual de la unidad de su vida: quería, con su dedicación a los jóvenes, comunicarles la experiencia de Dios. La suya era no sólo generosidad, sino caridad pastoral. Ésta se cataloga como “centro y síntesis” del espíritu salesiano.³

“Centro y síntesis” es una afirmación muy seria. Es más fácil enumerar varios rasgos, incluso fundamentales de nuestra espiritualidad, sin tener que establecer entre ellos una relación o una jerarquía, que seleccionar uno como principal. En este caso, se requiere entrar en el alma de Don Bosco o del salesiano/a y descubrir lo que explica su estilo.

Para comprender qué incluye la caridad pastoral, demos tres pasos: reflexionemos antes sobre la caridad, luego sobre la especificación pastoral y, finalmente, sobre la caridad pastoral salesiana.

1. La caridad

Una expresión de San Francisco de Sales dice: “La persona es la perfección del universo; el amor es la perfección de la persona; la caridad es la perfección del amor”.⁴

Es una visión universal que coloca en escala ascendente cuatro modos de existir: el ser, el ser persona, el amor como forma superior a cualquier otra forma de conciencia y de relación humana y la caridad como expresión máxima del amor.

El amor representa el punto más sublime de la maduración de cualquier persona, cristiana o no. El esfuerzo educativo se propone llevar a la persona a ser capaz de darse, a un amor de benevolencia.

Los psicólogos, y no sólo Jesucristo, dicen que la personalidad completa y feliz es aquella que es capaz de generosidad y desinterés; y previenen contra un amor que sea sólo de concupiscencia, es decir por la propia satisfacción del ser amado. Diversas formas de neurosis o de perturbación de la personalidad provienen de estar centrados en sí mismos. Y las respectivas terapias tienden todas a abrir y descentralizar la persona hacia los demás.

La caridad es, además, la propuesta principal en toda espiritualidad: no es sólo el primero y principal mandamiento; y el programa principal para el camino espiritual; sino también la fuente de energía para progresar. Sobre ella hay una abundante reflexión especialmente en San Pablo⁵ y San Juan.⁶

¹ Const. SDB 21.

² Ib. 21.

³ Const. SDB 10 y Const. FMA 80.

⁴ SAN FRANCISCO DE SALES, Tratado de amor de Dios, vol. II, libro X, cap. 1.

⁵ 2 Cor. 12, 13-14.

⁶ 1 Jn. 4.

Tomemos sólo algunos núcleos.

El encenderse de la caridad en nosotros es un misterio y una gracia; no proviene de iniciativa humana, sino que es participación de la vida divina y efecto de la presencia del Espíritu. No podríamos amar a Dios si él no nos hubiese amado primero, haciéndonos sentir y dándonos el gusto y la inteligencia para corresponder a él. No podríamos ni siquiera amar al prójimo y ver en él la imagen de Dios, si no tuviésemos la experiencia personal del amor de Dios.

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que nos ha dado”.⁷ Por otra parte, tampoco el amor humano tiene explicación racional, y por eso se dice que es ciego. Nadie logra determinar con exactitud por qué una persona se enamora de otra.

Por esta su naturaleza, de ser participación de la vida divina y comunión misteriosa con Dios, la caridad crea en nosotros la capacidad de descubrir y sentir a Dios: la religión sin la caridad aleja de Dios. El amor auténtico, aun sólo humano, lleva a los que están alejados hacia la fe y los ambientes religiosos. La parábola del buen samaritano ilustra la relación religión-caridad con ventaja para esta última.

Lo resumirá San Juan: “Queridos hermanos: amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor”.⁸ El significado del verbo “conocer” es “hacer experiencia”, más que tener nociones exactas: quien ama hace una cierta experiencia de Dios.

Puesto que la caridad es la facultad que nos permite conocer a Dios por experiencia, es también la que nos capacita para gozarlo: “Ahora vemos como en un espejo de adivinar; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora inmaduro, entonces podré conocer a Dios como Dios me conoce...”.⁹

Por eso, no es sólo una virtud particular, sino la forma y la sustancia de todas las virtudes y de todo lo que construye la persona: “Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles... ya podría tener el don de predicción... podría tener fe como para mover montañas... podría repartir en limosnas todo lo que tengo...; pero, si no tengo amor, de nada me sirve”.¹⁰

Por eso, la caridad y lo que procede de ella son realidades que perduran, resisten al tiempo, son definitivas: “La caridad no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto”.¹¹ Esto se aplica no sólo a la vida, sino a nuestra historia. Lo que se edifica sobre el amor permanece y va construyendo nuestra persona, nuestra comunidad, nuestra sociedad; mientras que lo que se basa en el odio y el egoísmo se consume.

Por eso la caridad es el más grande y la raíz de todos los carismas, a través de los cuales se construye y obra la Iglesia. Precisamente después de haber explicado la finalidad y el uso de los diversos carismas, San Pablo introduce el discurso sobre la caridad con estas palabras: “Aspiren a los carismas superiores, y aún les voy a mostrar un camino más excelente”.¹²

Es el carisma principal, aun cuando se manifiesta con gestos cotidianos y no presenta nada de extraordinario o fastuoso: “La caridad es paciencia, es servicial; no es envidiosa, no presume, no se engríe; no es mal educada, no busca su interés, no se irrita; no tiene en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta”.¹³

⁷ Rom. 5, 5.

⁸ 1 Jn. 4, 7-8.

⁹ 1 Cor. 13, 12.

¹⁰ 1 Cor. 13, 1-3.

¹¹ 1 Cor. 13, 8-10.

¹² 1 Cor. 12, 31.

¹³ 1 Cor. 13, 4-6.

También para Don Bosco y para Madre Mazzarello, como para todos los santos, la caridad es algo central. Es la insistencia principal de su vida. Conviene saberlo y decirlo. De hecho, de vez en cuando, algún salesiano/a hace experiencia, descubre la importancia de la caridad en un movimiento eclesial, después de muchos años de vida en la Congregación. Parece como si antes no hubiera oído hablar de ella con eficacia y no la hubiera podido vivir con intensidad.

En el sueño de los diamantes –que es una parábola del espíritu salesiano- la caridad está colocada delante y precisamente sobre el corazón del personaje: “Tres de aquellos diamantes estaban sobre el pecho... en aquel que se encontraba sobre el corazón estaba escrito: CARIDAD”.¹⁴ Se sabe que, en este sueño o parábola, lo que está colocado delante es la parte fundamental de nuestro espíritu.

Además, la caridad ha sido recomendada por nuestros fundadores de mil formas: como base de la vida de comunidad, como principio pedagógico, como fuente de la piedad, condición del equilibrio y de la felicidad personal, práctica de virtudes específicas, como la amistad, la buena educación, la renuncia a intereses propios.

También en las Constituciones Salesianas se dice que aprender a amar es la finalidad de la vida religiosa misma: “un camino que conduce al amor”.¹⁵ El conjunto de prácticas y disciplinas, de normas y enseñanzas espirituales querrían lograr una sola cosa: hacernos capaces de acoger a los demás y ponernos a su servicio con generosidad.

2. La caridad pastoral.

La caridad tiene muchas manifestaciones: el amor materno, el amor conyugal, la beneficencia, la comprensión. En la historia de la santidad las expresiones cubren todos los ámbitos de la vida humana.

Los salesianos y las FMA hablan de una caridad “pastoral”.

Esta expresión se encuentra muchas veces en sus Constituciones, documentos y discursos. Qué significa caridad pastoral lo dice bien el Concilio cuando, refiriéndose a los que se dedican a la educación en la fe, dice: “Son dotados de la gracia sacramental, con la que, orando, ofreciendo el sacrificio y predicando... puedan cumplir perfectamente la tarea de la caridad pastoral. No tema entregar su vida por las ovejas y, hechos modelo para la grey, estimulen a la Iglesia, con su ejemplo, a una santidad cada día mayor”.¹⁶

La palabra quiere indicar una forma de caridad. Hace remontarse mentalmente a la figura de Jesús Buen Pastor.¹⁷ No sólo a las modalidades de su obrar: bondad, búsqueda de quien se han perdido, diálogo, perdón; sino también y, sobre todo, a la sustancia de su ministerio: revelar a Dios a todo hombre y mujer.

Es más que evidente la diferencia con otras formas de caridad que dirigen la atención preferencial a necesidades particulares de las personas: salud, alimento y trabajo.

El elemento típico de la caridad pastoral es el anuncio del Evangelio, la educación en la fe, la formación de la comunidad cristiana, la fermentación evangélica del ambiente. Pide, pues, disponibilidad total y entrega por la salvación del hombre, como ha sido presentada por Jesús: de todos los hombres, de cada hombre, de uno solo. Don Bosco y, detrás de él, los salesianos expresan esta caridad con una frase: “Da mihi animas, caetera tolle”.

¹⁴ MBeXV, pp. 166-171 (sueño sobre el futuro de la Congregación)

¹⁵ Const. SDB 196.

¹⁶ Lumen Gentium 41.

¹⁷ Jn. 10.

Los grandes Institutos y las grandes corrientes de espiritualidad han condensado el corazón del propio carisma en una frase sintética: “A la mayor gloria de Dios”, dicen los jesuitas; “Paz y bien” es el saludo de los franciscanos; “Reza y trabaja” es el programa de los benedictinos; “Contemplar y transmitir a los demás las cosas contempladas” es la norma de los dominicos.

Los testigos de la primera hora y la reflexión sucesiva de la Congregación han llegado a la convicción de que la expresión que resume la espiritualidad salesiana es precisamente el “da mihi animas”.

Ciertamente la expresión se encuentra con frecuencia en los labios de Don Bosco y ha influido sobre su fisonomía espiritual. Es la máxima que impresionó a Domingo Savio en la oficina de Don Bosco todavía joven sacerdote (34 años) y lo movió a un comentario que se hizo famoso: “Ya entiendo; aquí no se trata de hacer negocio con dinero, sino de salvar almas; yo espero que también la mía entrará en este comercio”.¹⁸ Para este muchacho quedó claro que Don Bosco no le ofrecía solo instrucción y casa, sino sobre todo una oportunidad de crecimiento espiritual.

La expresión ha sido recogida en la liturgia: “Suscita también en nosotros la misma caridad apostólica, que nos impulse a buscar la salvación de los hermanos para servirte a ti, único y sumo bien”.

Era justo que así fuese, dado que Don Bosco la había tenido como intención permanente en la fundación de las asociaciones: “El fin de esta sociedad, si se atiende a sus miembros, no es más que una invitación a unirse en espíritu entre sí, impulsados por aquellas palabras de San Agustín: *divinorum divinissimum est in lucrum animarum operari*”.¹⁹

Leemos en la historia: “el 26 de enero de 1854 por la noche nos reunimos en el aposento de Don Bosco y se nos propuso hacer, con la ayuda del Señor y de San Francisco de Sales, una experiencia de ejercicio práctico de caridad... Desde aquella noche se llamó ‘salesianos’ a los que se propusieron y se propongan tal ejercicio”.²⁰

Después de Don Bosco, todos los Rectores Mayores, como testigos autorizados, han reafirmado la misma convicción. Es interesante el hecho de que todos se han preocupado de repetirlo con una convergencia que no deja lugar a dudas.

Don Rua pudo afirmar en los procesos: “Dejó que otros acumulasen tesoros... y corriesen tras los honores; Don Bosco no tuvo realmente en el corazón más que las almas: dijo con los hechos, no solamente con las palabras: *da mihi animas, caetera tolle*”.

También Don Albera, que tuvo un prolongado contacto con Don Bosco, afirma: “La idea que estimuló toda su vida fue la de trabajar por las almas hasta la total inmolación de sí mismo... Salvar las almas... fue, puede decirse, la única razón de su existencia”.²¹ Más incisivamente, acaso porque apunta a las motivaciones profundas del obrar de Don Bosco, Don Felipe Rinaldi ve en su lema: *Da mihi animas*, el secreto de su amor, la fuerza, el ardor de su caridad.

Respecto al pensamiento actual, después de la reflexión sobre la vida salesiana a la luz del Concilio, así se expresa el Rector Mayor, Don Egidio Viganó: “Mi convicción es que no existe ninguna expresión sintética que califique mejor el espíritu salesiano que la que escogió el mismo Don Bosco: *da mihi animas, caetera tolle*. Nos señala una ardiente unión con Dios que nos hace penetrar en el misterio de su vida trinitaria, manifestada históricamente en las misiones del Hijo y del Espíritu cual Amor infinito *ad hominum salutem intentus*”.²²

¹⁸ JUAN BOSCO, Vida del joven Domingo Savio, en Obras Fundamentales, BAC, Madrid, 1979, pág. 147.

¹⁹ MBe VII, pág. 527.

²⁰ MBe V, p. 21.

²¹ P. BROCARDO, Don Bosco, profundamente hombre, profundamente santo. Editorial CCS, Madrid 1988, p. 103.

²² P. BROCARDO, o.c., p. 104-105.

¿De dónde viene y qué significado preciso puede tener hoy esta expresión o lema? Digo hoy, cuando la palabra “alma” no expresa y no evoca lo que representaba en épocas precedentes.

La expresión se encuentra en Génesis Cap. 14. Cuatro reyes aliados hacen la guerra a otros cinco, entre los cuales está el de Sodoma. Durante el saqueo de la ciudad cae prisionero también Lot, sobrino de Abrahán, con su familia. Abrahán recibe la noticia. Parte con su tribu, después de haber armado a sus hombres. Derrota a los saqueadores, recupera el botín y rescata a las personas. Entonces el rey de Sodoma, agradecido, le dice: “Dame las personas, lo demás para ti”. La presencia de Melquisedec, sacerdote de quien no se conoce su origen, da un particular sentido religioso y mesiánico al trozo bíblico, sobre todo por la bendición que pronuncia sobre Abrahán. Así, pues, una situación poco “espiritual”. Pero en la petición del rey hay un elemento: la clara distinción entre personas y “lo demás”, las cosas.

Don Bosco da a la expresión una interpretación personal, dentro de la visión religioso-cultural del siglo pasado. “Alma” indica el elemento espiritual del hombre, centro de su libertad y razón de su dignidad, espacio de su apertura a Dios.

El nexo de los dos significados, el bíblico y el que le dio Don Bosco, acercado a nuestra cultura indica opciones muy concretas.

En primer lugar, el amor, la caridad pastoral toma en consideración a la persona y se dirige a ella: a toda la persona; antes y, sobre todo, le interesa la persona, desarrollar sus recursos. Dar “cosas” viene después; el prestar un servicio está en función del crecimiento de la conciencia y del sentido de la propia dignidad.

Además, la caridad que mira sobre todo a la persona, está guiada por una “visión” de ella. La persona no vive sólo de pan; tiene necesidades inmediatas, pero también aspiraciones infinitas. Desea bienes materiales, pero también valores espirituales. Según la expresión de Agustín, “está hecha para Dios, sedienta de Él”.

Por eso, la salvación, que la caridad pastoral busca y ofrece, es la plena y definitiva. Todo lo demás está ordenado a ella: la beneficencia a la educación, ésta, a la iniciación religiosa; la iniciación religiosa, a la vida de gracia y a la comunión con Dios.

En otras palabras, se puede decir que en nuestra educación o promoción damos la primacía a la dimensión religiosa. No por proselitismo, sino porque estamos convencidos de que ella constituye la fuente más profunda del crecimiento de la persona. En un tiempo de secularismo, esta orientación no es fácil realizarla.

La máxima contiene también una indicación de método: en la formación o regeneración de la persona hay que fortalecer y reavivar sus energías espirituales, su conciencia moral, su apertura a Dios, el pensamiento de su destino eterno. La pedagogía de Don Bosco es una pedagogía del alma, de lo sobrenatural. Cuando se llega a tocar este punto, comienza el verdadero trabajo de educación. Lo demás es propedéutico o preparatorio.

Don Bosco lo afirma con claridad en la biografía de Miguel Magone. Éste pasa de la calle al Oratorio. Se siente contento y es, humanamente hablando, un buen muchacho: es espontáneo y sincero, juega, estudia, se hace amigos. Le falta una cosa: comprender la vida de gracia, la relación con Dios, y emprenderla. Es religiosamente ignorante o distraído. Tiene una crisis de llanto cuando se compara con los compañeros y nota que le falta esto. Entonces Don Bosco habla con él. Desde aquel momento comienza el camino educativo descrito en la biografía: de la toma de conciencia y de la sunción de la propia dimensión religioso-cristiana.

Hay, pues, una opción y una ascesis para quien actúa movido por la caridad pastoral: “Caetera tolle”, “deja todo lo demás”. Se debe renunciar a muchas cosas para salvar la cosa principal; se pueden confiar a otros e incluso descuidar muchas otras actividades con tal de tener tiempo y

disponibilidad para abrir a los jóvenes a dios. Y esto no sólo en la vida personal, sino también en los programas y en las obras apostólicas.

“Quien recorre la vida de Don Bosco, siguiendo sus esquemas mentales y explorando las huellas de su pensamiento encuentra una matriz: la salvación en la Iglesia católica, única depositaria de los medios de salvación. Él siente cómo el desafío de la juventud abandonada, pobre, vagabunda, despierta en él la urgencia educativa de promover la inserción de estos jóvenes en el mundo y en la Iglesia mediante métodos de dulzura y caridad; pero con una tensión que tiene su origen en el deseo de la salvación eterna del joven”.²³

3. Las expresiones de la caridad pastoral

La caridad pastoral tiene sus expresiones originales como las tiene la caridad fraterna, o la que se practica atendiendo a los enfermos terminales. Puede manifestarse en impulsos espontáneos y generosos. Pero lo más común es que debe comprometerse a largo plazo en una obra paciente y cotidiana para hacer crecer a las personas y animar a las comunidades.

Más bien que una actitud de bondad o algún gesto de simpatía, es una praxis: una forma constante de obrar con competencia en un ámbito, semejante a la praxis política, social, médica. Todas comportan una acción coherente, pensada y planeada. Esto requiere de nosotros algunas actitudes y algunas capacidades permanentes. Y es esto lo que acaba por modelar la fisonomía espiritual de la persona.

La caridad pastoral requiere de nosotros, en primer lugar, un “corazón” pastoral: el deseo, el arrojo, el deseo de trabajar, el hallar gusto en las empresas pastorales, el estar dispuesto, el darse como quien goza, el considerar proporcionadas todas las fatigas, el sentirse atraído por los que tienen mayor necesidad, el superar fácilmente pequeñas frustraciones, el no desertar, el hacer frente a peligros y dificultades como si fuesen cosas de nada. Su opuesto es la indiferencia, la pereza pastoral, el andar hacia los momentos y deberes pastorales como hacia un sufrimiento o una obligación que hay que despachar con la mayor rapidez posible.

Pero, además del “corazón”, dicha caridad exige y desarrolla el sentido pastoral. El sentido pastoral es como el sentido artístico o de los negocios. Es casi una intuición, un modo de colocarse rápidamente frente a una situación. Visitando las obras salesianas escolares u oratorianas, se percibe enseguida si la comunidad tiene el “sentido” pastoral de la orientación de las actividades y el tono de las relaciones: en algunas aparece, en primer plano, el sentido económico, el organizativo o el disciplinar.

Ese sentido pastoral consiste en saber juzgar las cosas desde el punto de vista de la salvación de la persona; en orientarse bien en la lectura de los acontecimientos, en tener criterios, claves o puntos de referencia válidos para pensar y plantear una actividad, de tal modo que las personas crezcan humanamente y logren hacerse conscientes de la presencia de Dios Padre en su existencia.

Hay, además, la capacidad pastoral: es una preparación profesional específica, que la caridad pastoral requiere, por la que hemos aprendido y nos perfeccionamos en el motivar, instruir, santificar y animar. Nos hacemos capaces de comprender un contexto, de elaborar un proyecto que responda a sus urgencias y de realizarlo, teniendo en cuenta también el elemento invisible e imponderable que existe siempre en el trabajo pastoral.

Por último hace falta añadir también la creatividad pastoral: es la actitud mental y práctica que lleva a encontrar soluciones originales a problemas y situaciones nuevas. Don Bosco concibió un proyecto para los muchachos de la calle, mientras las parroquias seguían con el catecismo “regular”. Enseguida, cuando se dio cuenta de que los muchachos no estaban preparados para el

²³ PIETRO STELLA, Don Bosco nella storia della religiosità cattolica, Vol. II, PAS-VERLAG, Zürich, 1969, pág. 13.

trabajo, ni protegidos en él, pensó en una solución “pequeña” y “casera” que luego fue creando: los contratos de trabajo, los talleres, las escuelas profesionales. Y así para otras necesidades, como la casa, la instrucción.

Don Ceria indica este rasgo como característico del espíritu salesiano: “El primer rasgo, el que salta más a la vista de todos es una prodigiosa actividad tanto colectiva como individual”.²⁴ El mismo rasgo ha sido recogido en las Constituciones Salesianas: “La caridad pastoral... caracterizada por aquel dinamismo juvenil que tan fuerte aparecía en nuestro Fundador y en los orígenes de nuestra Sociedad”.²⁵

4. Líneas de reflexión

A modo de síntesis tomamos lo que ha sido la pauta de nuestra reflexión.

- ✓ La nuestra es una espiritualidad apostólica: se expresa y crece en el trabajo pastoral.
- ✓ A fin de que el apostolado constituya “espiritualidad” y no sea consumo de energías, con posible desgaste, debe tener un alma: es la caridad. Ésta da facilidad, confianza, alegría en el trabajo pastoral.
- ✓ La caridad realiza la unidad en la vida del salesiano. Compone las tensiones que surgen entre acción y oración, entre vida comunitaria y misión, entre educación y pastoral, entre profesionalidad y apostolado.
- ✓ Todo el esfuerzo de nuestra vida espiritual consiste en reavivarla, purificarla, intensificarla: ama et fac quod vis.

²⁴ EUGENIO CERIA *Annali della Società Salesiana*, Vol. I, SEI, Turín, 1941 LXVII, p. 722.

²⁵ Const. SDB 10 y 19.